SEMBLANZA DE DON GUMERSINDO LAVERDE

Felicísima ha sido la idea de perpetuar en esta Biblioteca, lugar el más evocador del espíritu y la obra de nuestro gran penate literario, Menéndez Pelayo, el recuerdo de los que fueron sus maestros y sus amigos, y que en este recoleto rincón de la ciudad se guarden alineadas las efigies de los hombres que con su lección o con sus diálogos de camaradas encendieron el fuego, o avivaron sus llamas, en que había de acrisolarse el pensamiento y el saber del gran maestro. Bizarra y generosamente ha sabido plasmarlas en bronce Manuel Pereda de la Reguera, a quien parece que su vocación de historiador le ha servido para interpretar la vida de los efigiados como su visión plástica le serviera para recomponer las vidas de tantos arquitectos y artistas, por él evocados. Y por cierto que bien escogidos han estado los hombres que, cada uno en su dirección propia, habían de señalar el camino y fijar las orientaciones de la obra del sabio santanderino. Así ocuparán los nichos más inmediatos a la puerta de entrada del taller aun vivo, que es esta Biblioteca, Milá y Fontanals, el gran maestro del romanismo y de la literatura medieval, directo profesor de don Marcelino; y el de don Gumersindo Laverde Ruiz, a quien conociera en su cátedra de Valladolid, orientador de los estudios de historia de la filosofía, que ocuparon los primeros años de su labor. Y entre los amigos, don Juan Valera, el escritor maravilloso, modelo de aticismo, buen gusto y saber clásico y moderno, verdadero milagro en la España desorientada y más veces inselecta que distinguida de aquellos años del segundo tercio del siglo XIX; y don Miguel Antonio Caro, que desde su lejana Colombia ofrecía a la Europa, y no sólo a la España de su tiempo, el ejemplar más acendrado y noble de humanista a la usanza europea de los tiempos de oro del renacimiento clásico.

Como en foco al que convergían los rayos de estos cuatro lumina-

res, coincidieron sus mensajes en don Marcelino, que al unirles en el crisol de su genio había de iluminar sus cualidades y vocación de historiador de la literatura, la lengua y la filosofía, su práctica del arte literario más profundo y sugestivo, y su amor a la cultura clásica que había de ilustrar con sus ensayos poéticos y con sus estudios bibliográficos y críticos.

Circustancias que nada tienen que ver con el mérito de tan doctos varones, hacen que haya de considerarse hoy la primera, la figura de Laverde, y que haya tenido la pobre fortuna de que sea yo el encargado de su elogio. Ante mí mismo me disculpa que cualquiera podría hacerle con más autoridad y fortuna, pero que ninguno me haría ventaja en la devoción y cariño al modesto profesor que tan honda huella dejó en la cultura de su tiempo, que aun no podemos reconocerla y seguirla sin titubeos. Porque Laverde fue el primer predicador de la nueva feliz de la existencia de una filosofía en España, si no queremos decir una filosofía española, a cuya existencia indudable nos acojemos cuando entra en crisis ante los extraños, o ante nosotros mismos, el convencimiento de su existencia.

Cuenta el caso circunstanciadamente don Juan Valera. Había escrito éste una serie de artículos críticos con ocasión de haberse publicado por D. Aureliano Fernández-Guerra las obras de D. Francisco de Quevedo en la *Biblioteca de Autores Españoles*. Hubo de notar en el gran polígrafo, «y ensalzar —dice— acaso más de lo justo, la profundidad de sus pensamientos y lo peregrino de sus doctrinas, atreviéndome a colocarle entre los filósofos y pensadores aventajados». A poco de publicar Valera estos ensayos recibía una carta gratulatoria, procedente de un pequeño lugar de Asturias, en la que se le animaba a proseguir en el empeño de hacer valer las glorias filosóficas españolas, y a sostener que para que florezca en España la filosofía y dé fruto sazonado, importa que sea castiza. La firmaba Gumersindo Laverde Ruiz. Impresionó esta carta a Valera, y de ella nació la consecuente y cordial amistad que para siempre les uniera. Y así ha de afirmar resueltamente el novelista andaluz: «El señor Laverde ha puesto la primera piedra en la reconstrucción de nuestro pasado científico y filosófico. Lo que se dijo como de pasada y casi irreflexivamente en los artículos sobre Quevedo, él lo dice y sostiene con persistencia laudable. El ha influído después en todas las obrillas donde el que esto escribe (Valera) se ha lle-

vado del mismo propósito. Y tal vez los señores Vidart, Ruano y Canalejas, y hasta el portugués López Praza, no hubieran empezado a esbir sobre la historia de la filosofía peninsular si el señor Laverde no los hubiera precedido y animado».

Estas palabras se escribían en 1868, y en 1859, espíritu tan avisado como el de Valera, que entonces escribía la crítica del *Quevedo*, ignoraba la actividad y hasta el nombre de Laverde. Su tenacidad y convicción había prendido en hombres tan ilustres en el espacio relativamente breve de nueve años. Esta tendencia nacional, que sería excesivo llamar nacionalista, si para la literatura había llegado muy especialmente por la acción de los románticos, que tanta sustancia nacional habían de beneficiar en su obra y en su crítica, era prematura para otras ramas de la cultura, y muy especialmente para la filosófica, que entonces recibía el incontestable influjo alemán, como en el siglo anterior había recibido en los mejores el influjo francés. Laverde, si no puede decirse que era un descubridor, era sin duda el más entusiasta adelantado de la buena nueva. Su contacto con Menéndez Pelayo había de tener el carácter del chispazo inevitable al poner en contacto dos polos de acumulada energía eléctrica.

Pero antes de tocar este punto debo dar algunos antecedentes de la patria, naturaleza, ocupaciones y carácter de Laverde. Sus padres eran administradores de la la familia Duque de Estrada, que hoy ostenta el título de condado de la Vega del Sella, tan dignamente ilustrado por el arqueólogo y prehistoriador tan conocido en Asturias y la Montaña. Poseían muchas propiedades en las Asturias de Santillana, y radicaba su administración en el pueblo de Estrada. El padre de don Gumersindo era por entonces el administrador de estos predios e intereses. Era natural de San Vicente de la Barquera, tan próximo a Estrada, y su madre de Labarces, a no mucha mayor distancia de él. Era, pues, Laverde, montañés por una y otra ascendencia, a más de serlo por su nacimiento, acaecido en Estrada el año 1835. Siendo un niño se trasladaron sus padres, y Laverde con ellos, al cercano Nueva, en el concejo de Llanes, y aunque ya en plenas Asturias de Oviedo, muy próximo a las de Santillana, que fueron su cuna. En Oviedo, Madrid, Valladolid y Salamanca hizo sus estudios de Derecho, afirma él que «negligentísimamente», pero en este tiempo afirma que se desarollaron sus aficiones a la poesía, a la filosofía española y a las cuestiones de instrucción

pública. En 1849, terminaba su licenciatura en Derecho, y residía en Madrid en los siguientes con un modesto empleo. Catedrático de Retórica en el Instituto de Lugo, en 1863, donde contrae matrimonio con una distiguida dama gallega, y Doctorado en Filosofía y Letras en Madrid, en 1873, es propuesto para la cátedra de Literatura latina de Valladolid y Santiago, optando por la primera de estas ciudades. Posteriormente, se retira a Galicia, profesando primero en la Universidad de Santiago, y finalmente buscando en el pueblo de Otero de Rey, donde tenía casa su mujer, alivio a una dolorosísima dolencia nerviosa que soportó en estos años, que fueron los últimos de su vida, y que condicionó su labor inhabilitándole casi totalmente para el trabajo intelectual. Murió en 1890. Contaba cincuenta y cinco años de fecunda vida literaria y diez y seis de dolores insufribles. Porque Laverde mereció con pleno derecho el dictado ascético de varón de dolores. En sus cartas a Pereda, a Menéndez Pelayo, a Valera, había de dejarnos una como biografía patética, en la que ha quedado impresa la etopeya de sus dolores. Es rara la carta en que no da alguna noticia de la marcha de sus dolencias, y siempre con la descripción más gráfica de los síntomas dolorosos de su enfermedad. He aquí párrafos delatores de su continuado tormento, extraídos de tales epistolarios: «Mi enfermedad consiste en unos dolores vivos que me punzan por varios puntos del cuerpo, y que a veces se convierten en una especie de terribles calambres, pasados los cuales suelo experimentar un corto rato de alivio. Parece como que un flúido quemante circula por mis nervios, se acumula en sitios determinados y por fin estalla... Los dolores son cada vez más acerbos y apenas me dejan un punto de solaz y reposo, y las piernas están tan débiles que tardo un siglo en ir a la Universidad, y a menudo, para no caerme, tengo que ir apoyándome en las paredes. Es una vida cruel... No son sólo los dolores y contracciones tetánicas; es la falta de virilidad y de energía que las sostiene... Metido en un cilicio de nervios que sin cesar me taladran... Mi cuerpo es todo un tejer y destejer de calambres... Sigo en mi potro de tormento, funcionando continuamente las garruchas». Aurelio Prudencio, el cantor de los martirios, de los tormentos y de la sangre no hubiera desdeñado varias de estas frases para incorporarlas a sus incomparables y celtibéricos himnos a nuestros mártires.

Estas dolorosas circunstancias que imposibilitaron toda actividad

física e impidieron al par todo trabajo intelectual de largo aliento, precisamente en los años de más granada madurez, orientaron su irreprimible actividad por distinto camino, y así, el escritor frustrado vino a convertirse en fecundísimo animador de todo noble empeño cultural. «He sido el hombre de más proyectos y de menos obras que se conoce», decía a Menéndez Pelayo en 1877. Modesto era al juzgar la cuantía de su obra; pero evidentemente su papel de iniciador de vastísimas empresas intelectuales, su vocación de genial arbitrista de la cultura, son muy superiores al volumen, ya que no a la importancia, de su obra impresa.

Aunque la historia de la filosofía española fue el tema central de sus estudios, y a él pertenece lo más importante de sus escritos, quiero dar una breve lista de proyectos que nos consta que formuló y comunicó a las personas que consideraba más aptas para llevarles a efecto. Quizá el más ambicioso fuera una *Historia de los santos españoles,* «escrita a la manera de *Los monjes de Occidente,* de Montalembert». Dar a conocerla juzgaba que ofrecería un cuadro grandioso «edificante para el católico, interesantísimo para el erudito, nuevo para todos. Hasta ahora se han escrito —aseveraba— las vidas de los santos; pero no su historia colectiva, relacionando unas generaciones con otras y todas y cada una de ellas con el *medio* en que florecieron y con el desarrollo general de la iglesia y de la sociedad civil». Sin que llegara a tener la decisión de escribirle, había planeado un *Estudio sobre Feijoo,* tan completo y ambicioso que el llevarle a cabo hubiera supuesto escribir la historia de la cultura filosófica, literaria y científica de nuestro siglo XVIII. Aun dejó escrito un plan sobre los *Medios de promover el estudio de nuestra historia intelectual,* tan amplio y generoso que las cartas de Menéndez Pelayo sobre la *Ciencia Española* no son el desarrollo, sino una parte de él. Las cuestiones puramente literarias tuvieron también lugar en sus desinteresados proyectos y en el terreno de la literatura realizó y propugnó, ayudado por Menéndez Pelayo, su verso eneasílabo, que llamaron laverdaico; en el de la gramática, propuso la creación de un nuevo signo ortográfico, que llamaban la semicoma, para gráficamente mostrar ciertas paradas que ocurren en la lectura, más breves que las que se expresan por medio de la coma; y en el lingüístico, propuso la fundación de una *Academia asturiana,* continuando en realidad una iniciativa de Jovellanos, para el estudio

del dialecto de aquella región, escasamente trabajado en producciones literarias, pero muy vivo y expresivo en la conversación y comunicación cotidianas en tal región. Hasta en asuntos puramente de arte literario sugería proyectos, y así estimulaba a Pereda para que escribiera una serie de *Tipos estantes,* que juntamente con los *trashumantes* podrían proporcionar un cuadro completo del carácter santanderino.

Tal el incompleto perfil intelectual de don Gumersindo Laverde, y si a él añadimos el de su carácter moral abocetado en la descripción de sus dolencias, con más su firmísima fe religiosa, que le hizo sufrir resignadamente los dolores de aquélla, y de que nos ha dejado noticia el gran orador tradicionalista, D. Juan Vázquez de Mella, si acaso no fueran sus escritos testimonio auténtico e irrecusable, será fácil comprender que al contacto con la briosa juventud de D. Marcelino inmediatamente se entendieran, y el joven, todavía punto menos que inédito, recibiera el influjo del profesor lleno de los mismos anhelos intelectuales.

El encuentro de uno y otro ocurrió en Valladolid, en 1874. La simpatía intelectual, en todo lo que tal palabra tiene de rigurosamente etimológico, y la amistad entonces enlazada no había de aflojar sus nudos hasta el fallecimiento de Laverde. En 1911, aun recordaba el gran polígrafo a «aquel varón de dulce memoria y modesta fama, recto en el pensar, elegante en el decir, alma suave y cándida, llena de virtud y patriotismo, purificada en el yunque del dolor hasta llegar a la perfección ascética». Y aludía a este debido elogio: «Escribió poco, pero muy selecto, y su nombre va unido a todos los conatos de historia de la ciencia española, y muy especialmente a los míos, que acaso sin su estímulo y dirección no se hubiesen realizado».

Y henos aquí en el punto en que estas palabras mías tienen mayor justificación para ser pronunciadas en esta ocasión y en este lugar. ¿Qué debió la obra de Menéndez Pelayo al estímulo, o acaso a la sugerencia y colaboración de Laverde? Felizmente dispone la Biblioteca de don Marcelino, gracias a la generosidad reciente de un entusiasta del maestro, las cartas que enviara Menéndez Pelayo a Laverde, ya que las del profesor de Santiago a nuestro gran polígrafo se conservaban en la Biblioteca. Disponemos, pues, de todos los materiales para hacer la historia de esta relación intelectual con toda escrupulosidad y garantía. Todos los biógrafos del sabio santanderino, con Adolfo Bonilla

a la cabeza, han hecho hincapié en esta relación, pero ahora podremos hacerlo con toda seguridad y detalle, si bien las líneas generales de esta influencia no creo que sufran alteración. No era esta la ocasión de intentar este trabajo, pues su carácter había de tener más de científico, meticuloso y árido que de la ligereza que el breve tiempo de que dispongo me impone. Procuraré trazar estas líneas generales, suficientes para medir la importancia del influjo y lección de Laverde, especialmente en la primera época de escritor de don Marcelino.

Fue Laverde el que delató a don Marcelino un párrafo que Azcárate insertara en un artículo suyo publicado en la *Revista de España*, con el título de *El Self-Government y la monarquía doctrinaria*, en el que culpaba al absolutismo de los Austrias de la falta de actividad científica en aquellos siglos. Atacaba tal afirmación a la tesis más querida de Laverde, compartida por Menéndez Pelayo, y ello dio ocasión a la polémica, seis cartas publicadas en la *Revista Europea* por don Marcelino, con intervención de los señores Revilla, Perojo y posteriormente don Alejandro Pilad y el P. Fonseca, combatiendo éste a Menéndez Pelayo desde el campo ultramontano y excitándole Pidal a adoptar una posición resueltamente escolástica. Esta polémica ha sido comentada e ilustrada por el insigne montañés don Marcial Solana, hace poco perdido para las letras y para el afecto de sus amigos.

Laverde, que había de prologar la publicación de las cartas de su amigo en volumen, no sólo amparó la nerviosa dialéctica, sino que en la correspondencia conocida consta que le proporcionó especies, sugirió argumentos y le tuvo al corriente (don Marcelino viajaba entonces por Italia) de cuanto sobre el tema aparecía o se decía en Madrid. En esta salida polémica inicial de don Marcelino, puede considerarse a Laverde, no sólo como inductor, sino como colaborador muy valioso del sabio montañés.

En una séptima carta, que forma parte de las publicadas en volumen, exponía don Marcelino su proyecto de la *Historia de los Heterodoxos*, y publicaba su prólogo, que ya tenía terminado en 1876, aunque la primera edición de la famosa obra no apareciera hasta 1880. No es dudosa la intervención de Laverde en esta obra. El carácter filosófico de ella, que lleva consigo el interés por el movimiento científico en España, el tema tan del gusto de Laverde, delatan la huella de la amistad de éste. Pero no sé si ha sido notada una circunstancia que me parece

de verdadero interés, y que pudo influir en la concepción de la obra, y sobre todo en su intención y sentido. Ligeramente he apuntado uno de los proyectos de Laverde, la *Historia de los santos españoles*. Pues bien, la obra de Menéndez Pelayo cumple el mismo fin que Laverde se proponía en la que pensaba. Menéndez Pelayo hace la historia no de los santos sino de los herejes españoles, y no me refiero al señalar la semejanza, que se atreve a identidad de propósito, a esa pueril oposición de santos y herejes, sino a que, así como la historia de los santos pretendía mostrar la influencia de estos, y por tanto de su religión y doctrinas en la naturaleza, progreso y ser de la historia española, don Marcelino, en su historia de los herejes, venía a probar lo mismo por el camino opuesto, ya que su tesis es concretamente la infecundidad de todo intento heterodoxo en nuestro pensamiento y en nuestra historia. Uno y otro proyecto, el que se quedó en tal y el realizado, son como el molde y el vaciado de una misma estatua. Implícita está en la tesis de don Marcelino la que Laverde se proponía en su proyecto, al que suplía y seguramente aventajaba en eficacia, por ser más convincentes que los panegíricos los estudios críticos que dan lugar a la censura. Aun siendo errada mi hipótesis, y aun suponiendo que don Marcelino no conociera el proyecto, aunque entonces o más tarde le conoció, ya que entre los papeles de su Biblioteca se encuentra, es seguro que Laverde siguió al día la composición del famoso libro, como lo prueban dos apuntes biográficos, de don Julián Sanz del Río y de don Fernando de Castro, que le comunicara Laverde, y que aprovechó en gran parte al tratar en su libro de los krausistas españoles.

Sugerencia asimismo de Laverde creo que fueron los estudios que publicara don Marcelino en *La España Católica*, en 1875, sobre los jesuítas extrañados del reino en tiempo de Carlos III. Ya Laverde había publicado un excelente ensayo sobre el P. Pedro de Montengón, autor del un tiempo popular *Eusebio*, novela pedagógica, hoy por muy pocos leída, estudio que, por su tendencia y carácter, puede formar escuadrón con los publicados por don Marcelino sobre el abate Andrés, Hervás y Panduro, Eximeno, Lampillas, Serrano, Nuix y Llorente. Posteriormente, había de publicar el dedicado al poeta Fernández Palazuelos, nuestro paisano, correspondiente al mismo éxodo y persecución.

La serie de estudios sobre escritores montañeses, tiene el mismo

origen. Encantado con el que dedicara Menéndez Pelayo a Trueba y Cosío, propuso Laverde que continuara la serie. Son éstos trabajos prematuros de don Marcelino, y les prosiguió con algunos más, que por la menor importancia de los estudiados ficos y bructura distinta, pero que hoy, reunidos en la edición del Consejo de Investigaciones Científicas en el mismo volumen, dan la impresión de la homogeneidad y secuencia que pretendió en su día al recomendar tal plan. Así los referentes a Camporedondo, Silió y Fernando Velarde, y ya con distinta intención y pulso más firme, el espléndido ensayo sobre la vida y las obras de don Amós de Escalante, logradísimo fruto de magnífica crítica y triunfo incomparable del arte más elevado del gran maestro montañés.

Al llegar a este punto es imposible olvidar el nacimiento montañés de Laverde y su entusiasmo por las cosas y literatura de nuestra tierra y suya. Esta comunidad de paisanaje hubo de entrar, y en gran escala, en la rapidez con que desde el primer encuentro simpatizaran en Valladolid, y predisponer mutuamente a los dos grandes escritores para una amistad que había de ser invariable hasta que Dios dispuso que cesara. En otro lugar y ocasión en que escribí de Laverde, enumeré una serie de proyectos y sugerencias relacionadas con La Montaña y comunicadas a don Marcelino, a más de las que he considerado ahora. Laverde interpreta el acróstico que figura al frente de la traducción de Ovidio por Jorge de Bustamante, deduciendo rectamente que debió ser éste natural de Silió, en el valle de Iguña, y no de Silos, como venía creyéndose. En otra ocasión propone una antología de poetas montañeses, desde Rodrigo de Reinosa hasta él mismo, acrecentada con otro tomo relativo a escritores célebres, hijos de montañeses, como el Marqués de Santillana, Lope de Vega, Quevedo, Calderón, a los que podía haber añadido otros, como Vélez de Guevara o Espinel, para dar a conocer su abolengo y origen montañés. Y hasta tal punto les consideraba como de nuestra tierra que a Lope le llama constantemente «el inmortal pasiego». Sigue con ansiedad el movimiento literario de nuestra tierra. Cada libro de Escalante motiva un complacido comentario por su parte. A Pereda no sólo le anima y felicita sino que para auxiliarle en su creación le relata sucedidos novelescos y describe tipos y

costumbres que cree susceptibles de ser aprovechados por el maestro de la novela regional. Recuérdese su proyecto de que escribiera una serie de *Tipos estantes*, de que ya hice mérito. Todo proyecto que afectara a la cultura o al progreso material de la Montaña encuentra en él un denodado valedor, lo mismo las discusiones que provocara el proyecto de Ferrocariles de la Costa, que las que trajo aparejadas la constitución de la Sociedad de Bibliófilos Cántabros.

Esta somera exposición de sus pruebas de interés y de afecto a nuestra tierra justificaría que el homenaje que ahora se le rinde diera comienzo en Santander, pero sobre todo su influjo sobre nuestra primera figura literaria, que también superficialmente he tratado de recordar, constituía para todos los devotos de D. Marcelino buscar una forma de perpetuar entre nosotros su recuerdo. Y creo que no ha podido ser ni más oportuna ni mejor orientada.

Pero cabe una interrogante que no quiero dejar de hacer, y en lo que se me alcanza satisfacer. Esta influencia, ¿fue beneficiosa para nuestro sabio, o acaso cegó a Laverde la pasión por sus tesis y al contagiársela a su discípulo le desvió de su vocación humanística y literaria, que a la postre habría de prevalecer? Peliaguda es la cuestión, aunque a mi entender puede resolverse satisfactoriamente. Desde su contacto con Milá y Fontanals, el camino de la investigación y de la crítica literarias parecía el normal en el entonces joven profesor. Su primer libro considerable fue su *Horacio en España*, cuyo carácter no admite duda. Pero al encontrarse con Laverde surgen dos enormes proyectos, a los que había de dar feliz término: sus estudios sobre *La Ciencia española* que habría de convertirse de historia polémica en fecunda bibliografía española y su *Historia de los Heterodoxos*. Suponían uno y otro una orientación nueva hacia campo al parecer más trascendental, pero en realidad no más fructífero que el del beneficio de la historia de la sensibilidad española, en ninguno más fecundo que en la historia de nuestra literatura, si había de hacerse con la amplitud y profundidad con que lo hizo el maestro. El contacto con Laverde puede decirse que produjo esos dos libros admirables, a más de otros estudios menores del mismo carácter y de subidísimo mérito. Pero sobre todo proporcionó a Menéndez Pelayo una base filosófica indispensable para tratar como él trató los

temas literarios abordados en el resto de su labor. Ni a la composición de la *Historia de las ideas estéticas en España* creo que fue ajeno Laverde. De ella da noticia éste en el prólogo que hizo para la colección de cartas polémicas de *La Ciencia española*, y en él afirma que saca de bajo tierra una de las corrientes más copiosas y fecundas de la ciencia patria. Esta colosal construcción alcanza la cumbre desde la que se divisa mirando hacia atrás el arranque filosófico y científico de la obra de D. Marcelino y se descubre en el porvenir la dedicación a la valoración del arte literario esencialmente español que coronaría su obra. Hasta esta cumbre, las intenciones y objetivos de Laverde y Menéndez Pelayo puede decirse que eran los mismos. A partir de ella, la ruta de don Marcelino desvía su rumbo, y aunque la savia de que se nutre, y que la da personalidad única en la historia de nuestra cultura, procede de esta primera preparación íntegramente filosófica y española, alcanza a temas y logra metas literarias insospechables para el que considerara los comienzos científicos y polémicos del gran maestro. Esta conclusión que tanto enaltece la influencia de Laverde, es provisional, porque en la obra de D. Marcelino influye, precisamente porque es viva, el transcurrir de la historia de su tiempo, y no era lo mismo enfrentarse con los energúmenos de la primera republica española que convivir en más civiles tiempos con los que fueron sus camaradas de letras y academias en años más bonancibles.

Comienza, pues, el homenaje a Laverde en esta su tierra como empezó su vida; pero tan suya como a ella había de considerar la de Asturias, que tanto lugar tiene en sus empresas literarias y ocupó en su constante actuar en otros terrenos. Y ha de dar fin en Galicia, en donde la atracción de la familia que creó hizo que fuera conciudadano de aquellos celtas, en los que no podía dejar de reconocer carácter y cualidades que tanto les aproximaba a todas las gentes cántabras de nuestro litoral, y donde había de lograr esa ciudadanía de la muerte, acaso más entrañable que la del nacimiento.

A estas regiones tocará loar la figura de Laverde en relación con ellas. Yo no podía menos de ocuparme de sus relaciones con La Montaña, y especialmente, por la ocasión y el sitio, con Menéndez Pelayo, y tal he tratado de hacer dentro de mis inevitables limitaciones. Para los montañeses, y sépanlo asturianos y gallegos, de quienes también es la vida del inolvidable profesor, su gloria está unida a la de nuestro

gran sabio, hasta el punto de que podemos aplicarles los versos de un poeta gallego, Juan Rodríguez de la Cámara, o del Padrón, con los que perpetuó su amistad más allá de la tumba, con el infortunado Macías, el legendario trovador:

Una tierra los crió,
una muerte los llevo,
una gloria los posea.

JOSÉ M.ª DE COSSÍO